

especial para El Financiero, edición del 4 de septiembre de 1990

Averiguélo Vargas ~~Mosca~~

moster

miguel ángel granados chapa

Para su desgracia, y la de los organizadores del Encuentro Vuelta, las "razones familiares" invocadas por Mario Vargas Llosa para ausentarse precipitadamente de México, después de una clamorosa opinión suya sobre el sistema político mexicano, coincidieron con las que ~~también~~ adujo el secretario de Marina, Mauricio Scheleske, cuando hace un mes renunció a su cargo. En ambos casos, por infortunada coincidencia también, la opinión general les negó ~~crédito~~ crédito.

En la práctica administrativa mexicana se hicieron famosas las dimisiones "por motivos de salud". Llegó a establecerse con exactitud que esa fórmula indicaba realmente un despido, que por decoro no recibía su nombre. Lo de las "razones familiares" no explícitas sonó, en el caso del secretario de Marina, a puro pretexto, a ruido para ocultar las verdaderas causas de su remoción. Si las razones familiares fueran siempre motivo para una dimisión, hubiera podido invocarlas con mayor razón su sucesor, el almirante Ruano, cuya familia padeció un percance en Perú apenas poco después de que él asumiera el cargo. Y en cambio él vivió el lance impertérrito, al pie del timón.

Aunque no haya motivos racionales para dudar de lo dicho por Vargas Llosa en la carta dirigida Octavio Paz para explicar su repentina ausencia, fue tan súbito su viaje, tan ~~impre~~ intempestiva su partida, que no por intenciones aviesas sino por la naturaleza misma del hecho se le juzgó conectado con la participación del escritor peruano en el coloquio sobre la experiencia de la libertad en el siglo XX.

En efecto, horas después de que los convidados extranjeros habían sido conducidos ante el Presidente Salinas por el solícito Paz, Vargas Llosa expresó opiniones sobre el sistema político mexicano y sobre el papel que en ese sistema se ha reservado a los intelectuales. No ahorró severidad al referirse a los mecanismos de cooptación. Eso, y su calificación al r **p**égimen mexicano

como una dictadura perfecta, provocaron incomodidad, por decir lo menos, en sus anfitriones. Esa evidencia de que así había sido, pues Paz no la ocultó, y la índole del comentario, provocaron la reacción, no excéntrica ni caprichosa que supuso o un diferendo rasposo entre el huésped y sus invitantes, o la sugerencia de que Vargas Llosa haría bien en marcharse cuanto antes. Las irritadas reacciones de políticos de alto nivel, incluido el Presidente de la República hubieran alimentado esa especie, de no haberse conocido la declaración pública del ~~novelista~~ escritor peruano. El Ejecutivo federal no sintió necesidad de ocultar su molestia, aunque la disfrazara de mordacidad, cuando preguntado sobre los dichos políticos de Vargas Llosa lo calificó como un buen novelista.

Un alcalde de corte apellidado como el autor de Conversaciones en la catedral hizo famoso el nombre porque la reina Isabel de Castilla, apodada La Católica, le encargaba investigar hechos, quejas o pretensiones: Averíguelo Vargas fue entonces una fórmula que del rigor instructivo que tenía en los decretos de la patrocinadora de Colón pasó a denotar dudas graves sobre problemas imposibles de resolver.

Si Vargas Llosa se fue por esa circunstancia fortuita de fuerza mayor, acaso ese inesperado episodio lo puso a salvo de quedar en un brete grave. Su ilustre tocayo tendría que avergiuarlo. Lo cierto es que sus afirmaciones se dispararon del tono general que había imperado en el Encuentro Vuelta, haciendo quedar al escribidor en un papel triste de aguafiestas.

Porque fue claro conforme pasaban los días, que esa reunión de intelectuales adquiriría un carácter de promoción política más que de disquisición teórica. No digo, porque no quiero celebrar un proceso de intención, que ese fuera el objetivo explícito y deseado de Octavio Paz y Enrique Krauze. Digo que el resultado de su iniciativa fue ese. Así se comprobó de modo inequívoco no sólo en el lance en que quedó atrapado Vargas Llosa, sino también en la aplazada sesión de clausura, ocurrida el domingo 2 de septiembre.

La enternecedora intrvención de don Adolfo Sánchez Vázquez hubiera pasado como una más, en un coloquio en que se tratara en realidad de esclarecer el sentido de la historia contemporánea, los rumbos del viento presente. Pero la reacción del propio Paz, y sobre todo las de los inverecundos Carlos Franqui y ~~XXX~~ Juan Nuño, mostraron que el efecto de propaganda anticastrista debía ser avanzado a como hubiera lugar, incluido el desdén público a un hombre respetable como Sánchez Vázquez. Aun si se le tachara de dogmático, espíritus liberales verdaderos hubieran tolerado su exposición. Pero al dogmatismo se opuso el dogmatismo. Y, por mi parte, si hay que elegir entre el de don Adolfo y el de don Octavio, me quedo con aquel, no por su capacidad de predecir la historia o de conducir las transformaciones de la sociedad, sino porque se finca en un humanismo del que carece la otra posición.

En ese punto, por cierto, se aprecia una diferencia determinante entre Paz y Krauze. La mayor terrenalidad del ingeniero lo pone por encima del poeta, porque su sentido de lo real, de lo posible, de su propio valer, confiere a sus tomas de posición un aire humanista que flo ecerá cuando su profesante aporte los frutos que todavía está por ofrecer.